

*Lado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has creado claras,
preciosas y bellas.*

El principito y las estrellas

(Se sale junto a la capilla. Como música de fondo, la melodía de la canción Fratello sole, sorella luna, de Ritz Ortalani, de la banda sonora de la película del mismo título. Se dejará sonando unos instantes al acabar de leer el texto para seguir contemplando)



Desde que conocí al principito no hay noche que pase sin que salga a contemplar las estrellas. No sé si habréis leído el libro en el que contaba cómo le conocí, pero no os va a hacer falta. Sólo mirad al cielo y escuchad atentamente. Si las nubes ocultan a la hermana luna o a las hermanas estrellas pensad como Jade, en la otra cara de la nube, donde sí llega su pequeña luz. El principito vive allí (*Señalad con el dedo a un punto del cielo*). En su pequeño planeta. Es el asteroide B612, para los que seáis personas mayores y necesitéis cifras y datos. Su planeta es pequeño, ya sabéis, y esto, como nos confesó, le permitía ver muchas puestas de sol seguidas sólo con mover la silla. Pero a mí también me confesó algo, que vosotros no sabéis: otras veces no movía la silla y dejaba que cayese la noche. Y entonces

disfrutaba viendo cómo las estrellas brillaban como piedras preciosas. Muchas personas mayores van a los mercaderes de ahora a comprar otras piedras, que se creen que son más preciosas porque las pueden tener en la mano... Pero las estrellas están ahí (*Señalad*)... y son de todos! ¿Habías pensado que todos los hombres de la historia han visto prácticamente las mismas estrellas? ¿Y que estemos donde estemos en la Tierra, o por lo menos en el mismo hemisferio, vemos también prácticamente las mismas estrellas? Todos habremos visto el planeta del principito mil veces y seguro que no nos hemos dado cuenta.

Cuando él estaba aquí, miraba al cielo, allí entre las estrellas (*señalad*), y decía: “Mi rosa está allí... en alguna parte.” Y ahora me mirará a mí, y os mirará a vosotros, y al zorro que domesticó...

Y también mirará a los otros planetas que visitó. Ahí están. (*se van señalando otros puntos en el cielo*) El asteroide 325. Al lado el 326 y un poco más a la derecha el 327. Más abajo, a la izquierda, veis el 328, junto al 329 y el 330.

En el primero vivía un rey, al que interrogaba el principito:
“-¿Sobre qué reináis?”

-Sobre todo – respondió el rey.

-¿Sobre todo?

El rey con gesto discreto señaló (*ir señalando*) su planeta, los otros planetas y las estrellas.

-¿Sobre todo eso?-dijo el principito.

-Sobre todo eso respondió el rey.”

El principito desconfiaba de esta gente.

En el segundo estaba un vanidoso, quien se creía el centro del Universo. Estuviese donde estuviese lo creería. (*Moverse y señalar todo el cielo*) “Aquí todo me rodea” (*Moverse un poco más y repetir el gesto*) “Aquí todo me rodea también. ¡Soy el centro del Universo!”

También había, en otro asteroide, un bebedor. Ese nunca se fijaba en nada. Se avergonzaba de su vida. Las únicas estrellas que veía eran las cinco de su cerveza “Mahou”

Para los negocios había uno. Ese no perdía el tiempo. Contaba una y otra estrella y decía que todas eran suyas, Y, con facturas larguísimas, te contaba todas. ¡Todas!

Ahora mirad al quinto planeta (*señalad*). Allí había un farolero que encendía y apagaba farolas (una especie de pequeñas estrellas para iluminar la noche de los otros). Pero lo hacía tan sistemáticamente (“Por consigna”, decía) que se había olvidado del verdadero sentido de la luz que encendía y apagaba.

El sexto es un poco más grande. En él un geógrafo sabelotodo que decía conocer todos los rincones del firmamento. Tenía mapas de la hermana luna y sabiendo donde está cada estrella. Lo triste es que decía conocer todo eso sin nunca haber mirado al cielo...

Y el último viaje fue a la Tierra y aquí sí que se sorprendió.

Fíjate bien dónde estás. Ahora mismo estás en Jarahonda, junto a la capilla. Esto está en Los Molinos, un pueblecito de Madrid, que está en un país llamado España, en Europa, en la hermana Tierra, en el Sistema hermano-Solar y en la Vía Láctea, que es una de los millones y millones de galaxias que se acumulan en los millones de racimos que hay. Todo eso es tan grande que si yo fuera una persona mayor te diría que, sólo el Universo que podemos ver, tiene mucho más de 100.000.000.000.000.000.000.000 m (un 1 seguido de 26 ceros de metros) de radio. Creo que ni siquiera tenemos palabras para nombrar esa cantidad. ¡Ni con palabras feas! Y es que cuando los números son tan grandes podemos entender poco. Cuando estaba con el principito en el desierto y mirábamos a las estrellas sentíamos la magnitud de la Creación. ¿Y cuánto mide tu corazón? Unos pocos centímetros. ¡Es una birria! ¡Es una caca! ¡No es nada! (*Breve pausa*) Aunque igual tiene su sentido, como los tres volcanes del planeta del principito o sus terribles baobabs. Quizás si descubres tu flor... (*pausa*)

Otra cosa que le hacía gracia al principito era cuando le explicaba cómo nos dividimos los hombres. (*Se va diciendo*) “Soy de aquí”; “Tú eres de allí”; “Yo soy francés”; “Yo soy francés”; “Yo soy buen español”; “Yo soy chino”; “Yo soy moro”; “Yo soy esquimal”; “Yo era indio navajo”.

Y es que la Tierra, hermana y madre, no es un planeta cualquiera. Se cuentan allí, o por lo menos cuando vino el principito, ciento once reyes, siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de ebrios, trescientos once millones de vanidosos. Es decir, alrededor de dos mil millones de personas grandes.

Personas grandes que nunca miran las estrellas. Que necesitan cifras. Que quieren poder. Personas grandes que viven en ciudades que con sus propias farolas y luces de neón impiden ver las estrellas. Personas mayores que bajan las persianas al dormir para que no entre la luz de la luna. Personas mayores que temen a la noche, por si acaso. Jóvenes personas mayores aman la noche para olvidarse de las estrellas de arriba y ver las de cierta botella. Personas mayores que llaman estrellas a los de “salsa rosa” y los de traje blanco. Personas mayores que no tienen una flor a la que querer...

Cuando salgas esta noche y veas las estrellas, y la luna, y las estrellas fugaces no quieras mandar allí también. No te creas que estás en el centro, porque tu compañero de al lado también lo estará. No te esfuerces en contarlas. No hagas de ellas una ley y no las clasifiques en ningún libro. Conócelas con la libertad del hermano viento (en todo tiempo), con la humildad de la hermana agua y con la alegría y fuerza del hermano fuego. Verás que todo el Universo tan grande y tan negro es tan hermoso cuando tú, pequeñito, estás tan cerquita de tu hermano de al lado, del de enfrente, del de abajo, del que vive lejos y del que es distinto.

Distintas flores y frutos somos en la hermana madre tierra como para asombrados y alumbrados antes por el hermano sol y ahora por la hermana luna y las estrellas, decir, desde este rincón de la Creación, tan birria y tan caca como es Jarahonda: “¡Loado seas mi Señor!”